

del hombre de la ciudad y el hombre del campo

Un hombre de mi pueblo Tenaz y luchador. De esos que ahora triunfan hasta en América. De joven hizo algo más difícil que vender periódicos: labró la tierra. Un día, mientras el arado abría trabajosamente el surco, la idea hendió en su cabeza. Y triunfó. En algo extraño. Ningún campesino de mi tierra ha triunfado en eso todavía. Fue a la ciudad — siempre hay que ir a la ciudad cuando la idea se tiene en el campo — y él, que tenía la retina llena de mil maravillosas fotografías de sus montañas y de sus valles y de su moza, prostituyó esta emulsión viva, tan sensible a la luz de todo lo bello, por aquella otra retina — mecánica y muerta — que solo se impresionaba por la fugaz — casi irreal — belleza que el obturador le mostraba a 1/25 o a 1/500 de segundo.

Fué una lucha dura, pero él, férreamente, se sobrepuso a todo. Y el triunfo llegó con la juventud de su hijo. Sus sienes de plata y su moza — aquella moza del campo — señora de gran señor. ¡Qué gran impulso dió a su laboratorio la llegada del hijo! ¡Qué joven el muchacho! ¡Cómo iban las bellas a posar ante aquel privilegiado objetivo fotográfico! ¡Cómo aprendió él a buscar el mejor ángulo, el gesto más elegante, la « pose » más perfecta!

Dinero, fama, un hijo... El hombre de mi pueblo — tenaz y luchador — ha llegado en esta vida. Antes, en su juventud, sabía de otra vida. Ahora... ¡quién sabe!

* * *

Hay otro hombre en mi historia

Pero su vida es más gris. Como la suya las hay a miles en mi tierra. Nacido en el campo, su vida no tuvo otro altibajo que la aventura del servicio militar. Aún hoy — viejo casi — cuenta con más detalle los viajes y zarandeos por la geografía peninsular de aquellos tres años, que los recuerdos de su boda. Fué tan sencillo su casamiento... Tan sin problemas. Tan natural. Ya lo decía el poeta del librito de versos que compró estando en el servicio: lo único que faltaba era buscar «...una mujer como su madre, entre las hijas de su hidalga tierra». Qué bien pensaba aquel poeta. Qué bien decía. Y qué bien el mozo catalán le entendía. Vino fácil «el milagro de Dios que ver le hizo, otra mujer como la santa aquella». Y — lo dice él — después que se casaron, les parecía que era de siempre que estaban casados. Vinieron los hijos. Estos que ahora ya van volviendo del año y medio de «mili». Y, con ellos, también la casa solariega cobró nuevo impulso. Era una

energía nueva que se desparramaba por los campos difíciles. Y la tierra, sin ruidos, mansamente, respondía agradecida.

Es una vida de tantas la de este hombre de mi pueblo. Es una vida gris. Pero todavía sabe de otra vida.

* * *

Le gusta al hombre de la ciudad volver al pueblo a pasear su ganada riqueza Dicen si ha echado los cimientos de una torre señorial. Pero, hasta entonces, vive en casa de su amigo, mi otro hombre. Ya en aquel último año de la guerra se refugiaron allí. Y luego han vuelto cada verano. Hasta le gusea, al de ciudad, ayudar un poco al trajín de la siega. Dice él que así recuerda sus tiempos de juventud. Y de ahí salta, indefectiblemente, a explicar el proceso laborioso de su « triunfo ».

El hombre del campo le suele escuchar con una media sonrisa entre de admiración y de burla. El ve su triunfo en su llegar a casa por la noche y en el estar todos allí cuando la cena y en el empezar todos, a su vez, el rezo del Rosario. Es el mejor momento de su día ese de empezar el Rosario. Se siente vagamente, entonces, uno de aquellos patriarcas de las historias antiguas. Y poseído de su dignidad, comienza con gran unción el santo rezo. Todos los suyos — hijos y criados — responden. Hasta su amigo — el de la ciudad — siente algo entonces, en su pecho, que le impulsa a dejar resbalar entre sus labios el primer Ave María del verano.

Es lástima tener que reconocerlo, pero es así. Al hombre del campo casi le da vergüenza que su amigo de la ciudad vea como a medio Rosario ya sólo responde la mitad de las voces. Y como en la Letanía los « Ora pro nobis » se van quedando rezagados entre las respiraciones pausadas.

Y el amigo siente una soberbia extraña. El, el único que no cree, es el único que ha terminado el Rosario. ¡Qué auto-

ridad para decir luego a su esposa que es inútil aquel rezo, que no es más que una comedia rutinaria!

* * *

Y pasa el verano Otra vez el hombre en su ciudad. Bien ha regentado el negocio su hijo, en su ausencia. Pero, al pronto, a los pocos días, notan que se les va, que le pierden, que se les ha ido, perdido entre los guiños de su objetivo, en las noches rumorosas de la gran ciudad. Y se han dado cuenta así, de pronto. El hombre quiere sobreponerse, pero bien ve que algo se ha quebrado en su hogar. El hijo acaba de romper toda la orgullosa seguridad en que creía asentada su vida. Se ha ido y no es suficiente para volverle el solo respeto a la autoridad del padre. Ha fallado, como aglutinante de este hogar, la conciencia absoluta del propio valer que tenía su jefe. Ese hombre tenaz y luchador, que cimentó su triunfo en una gelatina impregnada de granitos de bromuro de plata. Ha venido la luz desgarrada de la prueba y toda imagen de triunfo ha sido velada.

La madre llora. Luego recrimina. El hombre de la ciudad duda, por primera vez, de sí mismo.

Un día su amigo del campo le llama. Hay luto en su casa. La esposa ha muerto. Y él, caliente aún el fracaso de su vida, acude a la desgracia del amigo. Le acompaña — sin palabras — al pequeño camposanto. Intuye, entre dolores, serenidades que le asombran. Y, por la noche, ve como se reza el primer Rosario sin el ama. Qué grande le aparece su amigo — de la vida gris — al hombre de la ciudad. Igual, igual que un patriarca de las historias antiguas.

« Señor, abre mis labios » ha dicho el viejo amigo, y todos — los hijos y los criados, los parientes que han venido y los vecinos que han quedado — todos han respondido: « Y mi boca dirá tus alabanzas ». Nadie ha dudado aquí de nada. Y el rezo sigue — va siguiendo — sereno hasta después de la Letanía. Luego, al primer Padrenuestro — como en verano — el rezo se trunca. Pero ahora por el llanto. Solo el amigo sigue.

Y el hombre de la ciudad empieza a creer en algo. Piensa en su hogar roto, falto de un vínculo fuerte, de un cimiento que se asentara en Dios, y piensa en este otro hogar donde hay como un hábito de Dios que cada noche envuelve a todos. Piensa que es en la prueba cuando se define el valer de las cosas y piensa que a él nada le quedó — en su prueba — para rehacer su hogar.

Ahora, humildemente, recoge el ejemplo de su amigo — el hombre del campo — y al llegar a su casa busca, en un libro viejo, una página olvidada. Pide a su esposa que se arrodille a su lado y — pensando en el hijo — empieza a deletrear en latín: « Ave Maria, gratia pleno, Dominus tecum ». — G.

Rafael Boluda

Ebanista Barnizador
Muebles de encargo

Restauraciones a domicilio

Tienda: Tarafa, 89 - Taller: Gerona, 85
GRANOLLERS